

Quando Conocí a Tomás Carrasquilla

Por Tulio González Vélez

El Maestro se encuentra sentado a una mesa del “Café La Bastilia”, en ese momento sólo concurrido por él, allí en un rincón umbroso, a la derecha, entrando, del enorme espejo de molduras doradas en el que gustan contemplarse los jóvenes buenos mozos de Medellín; por dos estudiantes de pueblo que toman tinto; y por un señor del comercio que se sorbe apresuradamente una taza de café con leche, al tiempo que se atraca de empanadas que condimenta con pique. El Maestro tampoco está ocioso: las dos mazas de sus dientes postizos enjutan de la grasa, más que la muerden, la pulpa de un chicharrón; y unos dedos largos, retorcidos como raíces sedientas, de protuberancias cuasi gomosas en las coyunturas y encabados en unas manos también secas y blancas, visiblemente reacias por su temblor continuo a todo movimiento prensil, terminan por dejar en el plato la garra monda de pulpa. En seguida extrae de uno de los bolsillos un pañuelo menos usado que arrugado, se enjuga de los labios, del mentón y de los dedos la grasa, y luego le pide a Mesita un tinto cuando éste se acerca al llamarlo con unos golpes discretos dados sobre la mesa con el bastón de bambú. El viejo mesero sonrío, acaso envanecido por la preferencia con que lo distingue el Maestro sobre el “Ñato” Juan, y a poco se lo trae dibujando en la cara, ya un tanto labrada por el implacable trajín de los años, un fulgor de infinita placidez. Pero no se crea que es la mano del parroquiano la que se lleva el pocillo humeante a los labios, sino una maldita convulsión de “guayabo” que pone a oscilar el líquido de borde a borde, hasta derramarse un poco y salpicar en dos o tres sitios los negros pantalones ajados.

La insistencia de nuestras miradas quizá le ha parecido impertinente, pues da en observarnos a su vez aunque con manifiesta inde-

NOTA.— Hace pocos meses falleció en Ciudad Bolívar —el solar nativo que tanto quiso y al cual se retiró hace años— este escritor antioqueño autor de semblanzas admirables como la que aquí incluimos para honrar su memoria, y de cuentos magistrales, de los cuales es preciso destacar por su valor antológico “El Último Arriero”.

cisión de ánimo, por si la curiosidad ha sido suscitada por la admiración que nos inspira y no por lo que él se teme: un amago de burla vil motivado en el forcejeo de sus dientes para terminar el torrezno, y luego por la desairada tremulación de sus manos que distribuyó casi equitativamente el tinto entre los pantalones y la boca. Mas, pese a ese asmo de aprensión a que pretende llevarlo la equivocada sospecha de que mi amigo y yo hacemos mofa de las peripecias y conflictos de su ya un tanto desvencijada biología, su fallo íntimo parece sernos favorable, ya que, por otra parte, bien claros son los indicios de pena y rubor que nos soflaman el rostro con el solo pensar que el Maestro ha creído de veras que no somos más que un par de bellacos malcriados. Por fortuna para una amistad que debía ser larga, sincera y desproporcionadamente honrosa para el autor de estos recuerdos, ello no fue así, y el Maestro nos invitó a su mesa.

Por si lo hemos contemplado con admiración, sentimiento que ya casi descubre en nosotros, en sus ojillos redondos, de un negro puro de ónix y extraordinariamente vivaces, cuya fulgencia vidriosa y algunas vetas rojizas delatan una noche pasada en claro, estalla una chispa cordial que convida al acercamiento. El Maestro le da en nosotros un ancho vistazo a la provincia, no sin sonreírse. Nos esculca el alma toda, ronceando bastante su curiosidad en los rincones del instinto. Toma datos —que ya no olvidará— del nombre de nuestros padres, de su situación económica, del pueblo de origen. Sin mucha cautela psicológica investiga nuestras inclinaciones y costumbres, se informa de cómo hacemos la vida estudiantil y si le entreveramos, siquiera la noche del sábado, mujeres y trago... Saturado del olor de nuestras modestas existencias, olor que él creía un tanto acre de muchachos que regresan extenuados y sombríos de la inauguración de todos los vicios, frena de repente al convencerse de que somos apenas unos cándidos lugareños deslumbrados por las encandiladoras luces de la ciudad... Y dice como justificándose: “Yo tengo, jovencitos, la manía y la fama de ser muy averigüetas para que no extrañen”.

En el audaz interrogatorio a que somos sometidos esa mañana mi paisano y yo por el Maestro Carrasquilla, éste debió encontrarnos bastante pintorescos, dueños de unas pobres almas ingenuas, almas del Vélez de origen titiribiseño, explayadas, sin pliegues y abiertas como pieles de res estacadas al sol; eso sí pero expresándonos en un habla cuajada de giros del más neto sabor y color antioqueños: un potaje muy ordinario, sin duda, pero no del todo desaborido para el paladar de Carrasquilla, quien adobó, en todas sus obras, con el más sustancioso tuétano de la raza la virtud fundamental de su estética. Recuerdo vivamente que yo pretendo dizque dorar la conversación con un poco de lírica, y el Maestro me pára en seco: “Ve, tú eres el Tulio, no es cierto? Qué raro! Todos me resultan Alifonsos”. Como yo no sabía quién era el Alifonso, con quien se me comparaba para mal, me callé entre desencantado y ofendido. Más tarde supe que era el Doctor Alfonso Castro, médico eminente e ilustre literato, sin tacha como adversario político, como amigo y como caballero, a quien Carrasquilla profesaba cordial amistad. Después de ese traspíe de oratoria ridícula regreso violentamente a la “prosa”, la insemino con mi antioqueñismo integral, ela-

boro las frases con algo que le recuerde al Maestro el gráfico estilo del guirigay campesino, y entonces ya sí da evidentes señales de interesarse y complacerse, porque el ceño ambiguo de antes se transmuta en su sonrisa y en sus ojos en lampo jovial.

Su condición de novelista le hacía ver como cosa muy lícita y permitida el tocar demasiado las vidas que se le aproximaban. Así, aquella mañana entremezcla en la conversación alusiones a cosas sin sentido para nosotros, acompañando el equívoco enigma de las palabras con un dejo marrullero en la faz. La de mi amigo, de palidez limpia y bruñida, se cubre toda de un tinte rosa. Nos miramos sin saber qué hacer. No comprendemos bien los temas o nos da miedo comprenderlos demasiado. En todo caso, mi desconcierto es más humano que el del amigo, más filosófico y humano. Mas cuando el Maestro advierte que la desilusión empieza a tender un lindero de dignidad por todo el medio de esa amistad naciente, con habilidad extraordinaria va atrayendo nuestro interés marchito hacia el Tomás Carrasquilla lustre y gloria de la raza. Y ante nuestra perpleja admiración va mostrándose grado a grado, hasta llegar a su clímax, en toda la plenitud de su capacidad intelectual: de su poder brujo sobre el idioma castellano; de sus imponderables facultades críticas; de la tremenda fuerza de su esteticismo clásico; de su apasionado amor a la tierra antioqueña con su historia, tradiciones y leyendas y, en particular, a sus hombres del campo y de la mina. Y todo expresado en un lenguaje tenuemente sublimado y estremecido por un discreto temblor lírico cautivador e inefable. Pero este episodio fue más tarde, casi al concluir la entrevista. Es oportuno decir que del viraje que Carrasquilla le dió al discurso esa mañana dependió la duración de nuestra amistad hasta su muerte. El Maestro se dió exacta cuenta de que para mí habría sido cruelmente doloroso que en el atrio mismo del templo del dios que yo tanto había querido conocer y adorar, se me cayesen en pedazos los candelabros y huñera mi fe convertida en horror y espanto...

Como nosotros debemos hacer comentarios que le agraden al Maestro o al menos que le importen personalmente, le hablamos de la obra literaria suya que conocemos. Así, "Frutos de mi Tierra", "El Zarco" y los mejores de sus cuentos huelen bastante incienso quemado por mí esa inolvidable mañana; y el viejo Carrasca, al comprender la sinceridad de mis palabras y de mis juicios —si no muy certeros sí rebosantes de admiración emocionada— se sitúa más próximo a nosotros; pero no es el acercamiento que se limita a una simple presencia física casi hasta asfixiarnos, sino el otro, ese que es comunión de espíritus.

No es extraño que Carrasquilla, aún en sus mejores años de gloria gozada y vivida, fuera susceptible a las tentaciones de la vanidad. Ni el escepticismo que traen consigo la madurez de los años, la filofosía algunas veces y siempre el defraudador conocimiento de los hombres, fueron bastante a acorazarlo contra esa debilidad tan humana. Cuando la prensa, la crítica, la admiración y la zalema rodeantes acosabanlo a los desmayos de gloria, el Maestro accedía con indolencia y desgana a resignarse a ser el príncipe de las letras de Hispanoamérica, pero sabía matar al mismo tiempo la irradiación de esa fama espolvoreando sobre ella cierto amargo polvillo de sarcasmo. Otras veces, en lugar

de empeñarse en tejer sangrientas ironías sobre su gloria, buscaba entretenerse y desconcertar al mismo tiempo haciendo en torno de su inmortalidad miñocos de femenina coquetería, con los que simulaba rebajarla destacándola de paso. La inocente estratagema no lograba engañar a nadie sobre la evidencia del propósito, y así las asechanzas de la vanidad, de su oculta aspiración a la gloria, lejos de suscitar repelencias y rechazos tenían una particular seducción y encanto.

Yo había creído en los días de mi infancia aldeana que los escritores notables cuyas obras había leído no podría conocerlos jamás; mucho menos ser su amigo y gozar del hechizo de sus palabras y de la enseñanza de su nobilísimo magisterio. En ocasiones imaginaba que sus nombres eran supuestos, o bien correspondían a divinidades cuyo conocimiento por los sentidos habíale sido negado al hombre común. No sobra advertir que en aquellos primeros encuentros con Carrasquilla me hallaba —si así puede decirse— en mis días fáusticos. La pena, por causa de la muerte de seres entrañablemente amados, no había hincado en mi pecho todavía sus zarpas aciagas. Y la vida, con sus escaseces de estudiante acomodado de provincia pero pobre de ciudad; con sus abstinencias obligadas y sin virtud; con sus deseos siempre insatisfechos; con sus insignificantes fracasos invariablemente abultados por la imaginación, pero siempre acompañado por la esperanza de la posesión de la felicidad, esos veinte años que nada más eran mi vida sólo alcanzaban a ser felpa de caricia para una juventud recién descubierta y para una sensibilidad apenas descosquillada por las emociones del Bien y del Mal. Así, pues, al contemplar de cerca aquel hombre genial, al estrechar su mano blanca de dedos tortuosos, al oír su voz amistosa, al sorprenderme la impremeditada agudeza de sus conceptos, al comprender el ponderoso lastre humanístico de sus comentarios y, sobre todo, al sentirme señalado por él para ser su discípulo y propagar entre las gentes su fe y su doctrina estéticas, es claro que me sentí elevado a una dignidad y a una altura insospechadas para un mozo de mis años y de mis muy discutibles atributos literarios. Y es que, de cierta manera, el Maestro Carrasquilla me hacía partícipe de su fama al proyectar sobre mí en forma de amistad, la fúlgida aureola de su vida predestinada a la inútil gloria que podemos dar los hombres pero por la que tanto suspiran los dioses... En todo caso, ese fue un día de apoteosis en mi vida.

Cuando le hablo de sus libros, en lugar de aprobar o rechazar la somera opinión da en transitar sobre el escepticismo de su edad, y su espíritu se lanza al juego fullero de un regodeo entre desdeñoso y entregadizo, que va de la fría indiferencia hasta la cálida gratitud. Si le hace pensar a uno que su cuento predilecto es "San Antoñito", "Blanca" o "Dimitas Arias", tampoco se ofende si se le argumenta que el mejor es "A la diestra de Dios Padre". Y así ocurre con las novelas. En los fugaces episodios del juego que a cada minuto toma la conversación, el Maestro se deja observar detalladamente: con la mano que acaba de liquidar el torrezno, mano que exhibe aún temblorosa y torpe, toma otro pocillo de café tinto, sin azúcar, que bebe a sorbos difíciles y ardientes, en tanto que la otra mano, la izquierda, busca que en el ángulo de la axila se apoye y descanse el tronco en el cuello del bastón de bambú, que el manoseo y el tiempo han taponado de un color patinoso

de ocre sucio. En ciertos momentos sus ojos huidos en un ladeo de soslayo se encienden sin nobleza. Porta un sombrero centenarista, romántico, no sólo por lo negro y voladizo de las alas sino tal vez más por el descuido en que lo mantiene el dueño; lleva un traje del mismo color del sombrero, brillante del sobijo contra los espaldares de los taburetes de los cafés y de los escaños de los parques, con pringues de manchas sobre todo en el chaleco, y recubierto todo —esa mañana— de una huella de polvo sutil.

Pése a los estragos dejados en el rostro por la jornada nocturna, Carrasquilla es un retablo de distinción. El habitual tinte rojizo de la piel tiene ahora una vaga tonalidad de ámbar, y la complexión carnosa del rostro un poco de la macerada evanescencia de los convalescientes. La noche en claro ha dejado en los trazos de su fisonomía toques de extenuación y tonos de idealidad. Empero, nada de agonioso en esa plástica maciza tras los sacudimientos de su reciente devaneo por los lívidos caminos de Bohemia; nada de distorsiones del ánimo ni de erizamientos del sistema nervioso después de la extenuante y convulsa euforia de los excesos. En los ciclos de juventud y madurez debió ser fuerte como un campesino de sus veredas de Santo Domingo, porque grandes remanentes de su antigua vitalidad habían cruzado victoriosos las fronteras de sus años de senectud. A una edad en que la generalidad de los hombres exhibe un trágico atolondramiento de los sentidos, un tanteante oscurecimiento de la memoria y una inteligencia desconcertada y sin brillo, el Maestro era un prodigio de plenitud y lucidez, excepto, eso sí, en cierta aberrante inclinación, acaso ya senil, hacia la trilla de campos de ideas bastante explorados y dejados de mano por las modernas doctrinas estéticas. Como si le sobraran energías y tuviera que quemar en algo distinto de vivir el excedente de ellas, de vez en vez hacía crujir los látigos de sus nervios sobre el lomo de una juventud cronológicamente imposible y lejana. Carrasquilla era un sobreviviente de la vieja raza con lo mejor de sus virtudes, pero en la acepción de fuerzas, y con muy pocas de las debilidades de la nueva. Ese amanecer —nos dijo después en un recodo de la conversación— había despachado hacia sus casas a cinco o seis veteranos de la parranda, menores que él por lo menos en treinta años.

Tenía roblizo el cuerpo, alta estatura, hombros en declive y espaldas abrumadas. La frente resueltamente ancha, más dilatada aún por el lamido irrespetuoso de la calvicie, corrida desde detrás de la coronilla, y cortada en arrugas; las del entrecejo, muy cavadas, denunciaban el esfuerzo de los músculos faciales por retener una vista demasiado débil y en fuga. No usaba anteojos sino en casa y, en general, excepto el imprescindible bastón de bambú, parecía rechazar con gesto de juvenil presunción el uso de todo aquello que contribuyera a confirmar su vejez. Así, no leía el periódico en la calle y en el café por no sacar los anteojos, y evitaba los actos y situaciones en que fuera preciso quitarse el sombrero. Carrasquilla no podía simular juventud sino apenas procurar ocultar lo más posible el trasiego devastador de los setenta años.

Tenía largas las cejas, aunque escasas, escarmenadas en vedijas undosas. Descarnada la nariz, de lomo recto y filudo. Los labios, de

delgadez nimia y pulida, golosos, saboreados, de corte de arma de acero y como labrados para los crueles destrozos del sarcasmo. Saledizo el mentón, redondeado y sensual de César decadente. Y las orejas cartilaginosas y grandes. Su voz era desapacible, de falsete, sobremanera discordante con la amplitud de su contextura. Todo él sobre unos pies de caminadura pesada y embarazosa que se deslizaban ardua y pesadamente como los de Verlaine; pies también aquellos que, como los del Pobre Lelián, mostraban en sus plantas al levantarse para el paso la hendidura bisulca del fauno...

Alguien, talvez Carlos Vásquez Vélez, tuvo la iniciativa; pidió a Mesita sendas copas de aguardiente. Luego aparecieron otras, y otras... Poco a poco fuese operando en el Maestro una feliz iluminación. Las tres almas burbujearon y los temas se fueron cargando de luz. Nuestra imaginación se doró toda como planicie expuesta a la solana. Todo anunciaba ya la verificación del prodigio, y en el espíritu del Maestro parecía irse rompiendo, trago a trago, la cuajada dureza del cascarón que separa la normal función de la mente, de los estados de gracia. El genio pugnaba ya por superar la triste humanidad del barro. Y ello fue así: él habla nuestra adquirió de pronto en sus labios arreos de campechana nobleza, en cuyos giros, voquibles y modismos podía uno oler la cándida fragancia de los idiomas que no han sufrido todavía el glorioso castigo de las edades de oro. Y no era el suyo un dialecto encogido y moroso, inexpresivo y pobre, sino antes muy suelto y brillante, jubiloso de ímpetus salvajes, roto en líneas de sublimes contornos: era toda la gracia, toda la hermosura y todo el brillo de la muchacha que huye por el campo, con el cabello al viento, los brazos sacudidos como aspas, los pechos en proa, con la gloria de sus escorzos en fuga, sintiéndose ya atrapada por los brazos de un amor furtivo y cobarde.

Un castellano muy puro, flagelado por las plumas de los ingenios, se entremetió en los monólogos, como para definir mejor el contraste entre la agilidad cimarrona del decir nuestro y la soporífera modorra de la locución clásica. La vida del pueblo antioqueño, sus costumbres, sus peculiaridades, su espíritu de conquista económica, su una mano puesta devotamente sobre el pecho y su otra agarrando ávidamente la plata, sus modos de ver la vida, la muerte y lo que está más allá de la muerte, todo ello se derramaba de los labios del Maestro con rumorosa fluencia. Fácilmente pudimos apreciar que las imágenes e ideas se desbordaban del sentido lexicográfico de las palabras, ya que éstas parecían nacer en sus labios plenas de sí mismas, rebeladas a toda organización sintáctica, rebosantes de sus propias esencias y esquivas por lo tanto a las imposiciones de la gramática y la filología. Carrasquilla poseía el difícil secreto de hermanar, así en sus novelas y cuentos como en sus pláticas, el vigoroso expresionismo del habla antioqueña con la sobria magnificencia del idioma castellano, bien que el primero parecía ir llevando al último casi por la fuerza y muy atropelladamente, al extremo de hacer tropezar a cada paso a la venerable medioedad clásica.

La extenuante emoción de aquellas horas escuchando al Maestro Carrasquilla no se me olvidarán jamás. En mi vida intelectual ha quedado la resonancia de tales momentos como queda en el arco des-

pués de disparada la flecha el estremecimiento en que revive el impulso que la lanzara. Era la primera vez —la segunda y la última fue Barba Jacob— que el destino me colocaba frente a un hombre positivamente genial.

El espíritu vivo del dialecto antioqueño, así como su genitora la lengua castellana, tuvieron aquella mañana distante en el “Café La Bastilla” un diminuto siglo de oro. Y en nuestra euforia de raza salimos Vásquez Vélez y yo del recinto, a pleno medio día, gritándoles a las gentes, que nos miraban entre irónicas y sorprendidas, que acabábamos de llegar en ese mismo instante nada menos que del siglo XVI español.